



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11858

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 22 DE MAYO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

DESCONTENTO

La prensa en general no ha quedado satisfecha de las elecciones. Han estado frias, excepto en Barcelona, Bilbao, Palencia y otros cuantos distritos y circunscripciones en los que han estado demasiado calientes.

No ha respondido el resultado á la labor hecha. Habíase realizado ésta con cariño, sin olvidar detalle, dominando en todos los partidos la impaciencia por emitir el voto; y tanta diligencia habían puesto en los preparativos, que todos trabajaban en los preliminares de la lucha desde mucho antes de que se abriera el periodo electoral.

Que la labor ha sido continua, insistente, incansable, dicen los millares de meetings celebrados por las oposiciones. Los leaders de éstas no se han dado una hora de reposo; y desde Pablo Iglesias, alentando á sus compañeros los socialistas, hasta Romero Robledo, dedicado á la formación de un partido y disciplinándolo para lanzarlo en el combate, no ha habido por parte de los generales en jefe de las fuerzas que se preparaban á luchar un minuto perdido.

Durante los últimos días hemos creído asistir á los preliminares de aquellas elecciones de la revolución septembrina, primeras celebradas por los procedimientos democráticos. Había, como entonces, calor, mucho calor. La fiebre crecía por momentos; y al oír los gritos de entusiasmo de las masas y al observar la firmeza con que cada parcialidad se adjudicaba el triunfo, creíamos firmemente que había renacido la fé en los ideales y que la masa neutra, esa masa que cuando se la llamaba á votar se encogía de hombros; había sido arrastrada por los oradores.

El desencanto ha sido inmenso,

colosal. La masa neutra no ha disminuido, se ha hecho más densa aun; ni la palanca que Arquímedes necesitaba para mover el mundo lograría sacarla de la inmovilidad en que se encuentra. No quiere tomar parte en la cosa pública y no hay quien la convenga de que hace mal.

De lo que pasa no hay que echarle la culpa á los políticos; mas que nadie la tiene el cuerpo electoral, que no responde cuando se le llama, en unas partes porque no hay lucha y en otras prestando que va a haber puchierazos y robo de actas.

Cuando el cuerpo electoral no quiere, no hay medios de torcer su voluntad. Cuando ese cuerpo es nulo, cuando vende el voto y no está estimulado por la fé, entonces se hacen toda clase de abusos y pasan sin protesta.

En el primer caso las elecciones son reñidas, porfiadas; y si las oposiciones tienen mas fuerza que el gobierno, se obtienen resultados como los del año de 1891 en Madrid, Barcelona y Valencia ó como los obtenidos actualmente en Valencia y Valladolid. En ambas capitales ha sido derrotado el gobierno, porque ante la decisión de aquellos electores no ha sido posible apretar los tornillos.

No, no hay que echarle la culpa al gobierno de lo que pasa en las elecciones. Si comete abusos es porque lo dejan. Si no lo dejan; si el elector tuviera conciencia del deber que le impone el derecho á votar, ocurriría en todas partes lo que ha ocurrido donde quiera que se le ha visto á la altura de su misión.

Lo que ocurre aquí es que se deja hacer; y luego se critica lo hecho, sin pensar que quien permite que se haga algo malo, es tan responsable como el que lo hizo.

Las primeras elecciones del siglo han terminado. Han sido como todas, cuando esperábamos que fue-

sen mejores. De desear es que al hacer otras no ocurra lo mismo.

Si los que derramaron su sangre en la conquista del sufragio pudieran ver para lo que les sirve á sus herederos, no sabemos de quien renegarian más; si del sufragio ó de quienes lo miran con desdén.

Diplomaticos y médicos

La vieja Europa y la joven América tienen fijas sus miradas en este momento en las apartadas regiones del globo que nosotros hemos convenido en llamar el extremo Oriente del mundo. Un imperio colosal, cuyos habitantes se cuentan por centenares de millones y cuya extensión se mide por millones de kilómetros cuadrados; surcado por ríos caudalosos; atravesado por inmensas cordilleras de montañas y formado por dilatados valles, extensas mesetas y desiertos interminables, atrae con fuerza irresistible nuestra atención. Ni tan viejo y caudaloso como muchos se lo imaginan, ni tan impotente y gastado como muchos lo creen, el Celeste Imperio despierta de su letargo, y con uno de esos estremecimientos convulsivos con que á veces se manifiesta la vida en los organismos (equivocada y prematuramente condenados á muerte) ha puesto en conmoción al mundo entero, y está poniendo en peligro la paz y la tranquilidad de los pueblos que se llaman civilizados.

Hace seis meses escasos, el representante de una de las más grandes potencias de Europa, el barón de Ketteler, fué vilmente asesinado en las calles de Pekín. Y como si esta fuese la señal convenida, una tempestad formidable estalló en todos los ámbitos del imperio, y miles de seres humanos fueron á un mismo tiempo cruel y despiadadamente sacrificados. Ni al representante de Alemania le sirvió de nada su condición de ministro de un emperador, ni á los misioneros de todos los países les valió tampoco su condición de ministros de Dios. Muchos de ellos perdieron la vida, y con ellos sucumbieron sus valerosas mujeres, sus inocentes hijos, sus servidores fieles y muchos indígenas, unidos á ellos por algún vínculo político, religioso ó comercial. El odio al extranjero, la aversión al

cristiano, lo arrolló todo; una ola colosal de sangre y fuego precipitó en los abismos de la eternidad á miles y miles de seres infortunados.

Por desdicha, no es esta la primera vez, ni tampoco será la última, que en China ocurren hechos tan vituperables. Desde que los portugueses llegaron á Cantón en 1571, hasta la fecha, sucesos análogos se han repetido con frecuencia lamentable. En más de una ocasión los embajadores extranjeros han pagado con la libertad ó con la vida su excesivo celo ó su demasiada confianza, y los comerciantes y los misioneros han regado con su sangre el campo donde quisieron desarrollar sus industrias ó la tierra donde pensaron erigir sus altares. Es verdad que no siempre los extranjeros hablaron en aquel país el prudente lenguaje de la diplomacia.

Representantes del poder y de la fuerza, con las bocas de los cañones pronunciaron muchísimas veces sus últimas palabras.

Tampoco los comerciantes se contentaron con ejercer libremente sus negocios, satisfaciéndose con aspirar á una justa y natural ganancia; ni menos los misioneros limitaron su acción á lo puramente espiritual y divino.

Con frecuencia cometieron el pecado capital de querer darle á Dios lo que es del César, olvidándose de darle á Dios lo que realmente es de Dios. Todos cometieron injusticias, atropellos, violencias y crueldades, que si no disculpan la conducta de los chinos, justifican en cierto modo el horror que les inspiran los extranjeros, á quienes odian, y designan con el epíteto común de diablos.

Sea la que quiera la causa, en China se representa actualmente una tragedia que ofrece en su desarrollo escenas y cuadros por demás interesantes y variados, á la cual han contribuido los hijos del cielo con el asesinato de ministros y cancilleres; saqueo é incendio de poblados y misiones; matanzas de hombres, mujeres y niños; huida de emperadores, mandarines y cortesanos, y habilidades, astucias y ardiles de sus príncipes, representantes y comisionados.

Los hijos de la tierra, por su parte, si así pueden llamarse los europeos y los americanos, han hecho la malograda y penosa expedición del almirante Seymour; los entrenidos y fáciles bombarderos de Ta Ku y de Tien Tsin; la marcha accidentada y la entrada triunfal en la capital del imperio y

sobre todo la tenaz resistencia de las legaciones sitiadas.

Todos estos hechos han sido descritos con profusión y analizados con minuciosidad; pero ninguno con tanta amplitud como el asedio de las legaciones. El número y la calidad de las personas que allí se encontraban, y las horripilantes noticias que el telégrafo esparcía de vez en cuando por el mundo, justifica el vivo interés que en todas partes se sentía por saber lo que en Pekín había pasado. Nada tiene de extraño por lo tanto, que se multiplicaran los relatos, y que la diligencia de todos supliera con exceso las deficiencias informatorias á que la incomunicación nos había condenado. A eso se debe que conociéramos hace tiempo lo que en Pekín ocurría social, política y militarmente considerado. El suceso ofrecía además otro punto de vista: el punto de vista médico, del cual nadie había dado cuenta hasta ahora, y que, sin embargo, ofrece interés bastante para ser con algún detenimiento estudiado.

Al ser asesinado el ministro alemán, los representantes de las demás naciones comprendieron que se imponía la necesidad de tomar una determinación que les pusiese á cubierto del peligro que les amenazaba, y puestos de acuerdo, quizás por primera vez decidieron refugiarse en la legación británica, por ser la residencia de sir Claudio MacDonald, antiguo palacio de Lian-King-Fu, la más capaz de todas las residencias extranjeras y la que ofrecía condiciones más ventajosas para una buena defensa, en caso de ser atacados por los boxers.

Sin pérdida de tiempo se hicieron algunas trincheras y se reforzaron los puntos débiles del edificio, y desde el primer momento se pensó en preparar un local donde los enfermos pudieran ser asistidos, y donde los heridos pudieran ser curados. Afortunadamente hallábase entre los sitiados veinte médicos nada menos, de ellos nueve doctoras, y sin dificultad se pudo dotar con el personal necesario los dos departamentos que en un principio constituyeron el hospital internacional de aquella improvisada plaza sitiada.

El médico de la legación inglesa y el de la legación alemana se pusieron al frente de cada uno, y habiendo solicitado el concurso de sus colegas femeninas, en el acto lo obtuvieron, ofreciéndose espontáneamente, y con gran beneplácito de todos, á desempeñar las funciones de enfermeras dirigidas por misas Lambert, de las misiones médicas de Pekín, en tanto que tres señoras

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 83

EL SITIO DE SEBASTOPOL 82

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 79

de valer, expuesto inútilmente su vida, esperado y recibido recompensas, adquirido su reputación de oficial valiente; pero hoy todos aquellos estimulantes perdieron ya su poder sobre él; apreciaba las cosas de otra manera, comprendiendo bien que le quedaban pocas probabilidades de escapar á la muerte.

Tras una estancia de más de seis meses en los baluartes, no se arriesgaba á la ligera y limitábase á cumplir estrictamente su deber; de tal modo que el bisoño teniente Kratz, que estaba á sus órdenes en la batería, sólo desde la semana anterior, y Kalugin, á quien aquel iba enseñando en detalle las obras, parecían diez veces más valientes que el capitán. Sobrepujándose el uno al otro, se asomaban al exterior de las cañoneras y trepaban sobre las banquetas y traveses.

Terminada la visita, y de vuelta ya al «blindaje», tropezó Kalugin con el general, que se dirigía hacia la torre de atalaya seguido de sus ayudantes.

—Capitán Prasonin—dijo en aquel momento—haga V. el favor de bajar á los alojamientos de la derecha, al segundo batallón de M... que está trabajando allí: que cese en los trabajos, y se retire sin ruido á

El oficial frunció las cejas, y dijo medio refunfuando:

—Acabo de pasar allá toda la noche, y vengo á descansar un poco. ¿No puede ir V. solo? Allí encontrará á mi segundo, el teniente Kartz; ese le enseñará á V. todo.

El capitán venía mandando desde hacia seis meses aquella batería, una de las más peligrosas; desde que comenzó el sitio, y mucho antes que se construyeran los abrigos blindados, no había abandonado el baluarte; lo que le hizo adquirir entre los marinos una reputación de valor á toda prueba, así es que su negativa sorprendió vivamente á Kalugin.

—¡Hé aquí lo que son las reputaciones!—se dijo.—Entonces iré sólo, con su permiso;—añadió con cierto retintín, al cual el otro no prestó atención ninguna.

Kalugin olvidábase que aquel hombre llevaba seis meses completos de vida de baluarte, mientras él, ajustando bien las cuentas, no había pasado allí, en varias veces; arriba de unas cincuenta horas. La vanidad, el deseo de brillar, de obtener una recompensa, de crearse una reputación, hasta el placer del peligro le aguijoneaban aún, mientras que el capitán sentía ya indiferencia por todo eso.

También había alardeado, hecho demostraciones

por los aires parecía dirigirse recta contra su pecho; preso de terror, adelantó algunos pasos corriendo y se echó á tierra; pero cuando la granada hubo estallado bastante lejos, sintió violenta irritación contra sí mismo y levantóse; miró en torno suyo por si alguien le había visto echarse al suelo; no había nadie.

Cuando el miedo se apodera del alma, no deja ya lugar á otro sentimiento. El, Kalugin, que se vanagloriaba de no bajar nunca la cabeza, atravesó la trinchera con paso veloz y casi á gatas.

—¡Ah! mala señal—se dijo al dar un tropezón—me matarán hoy, de seguro.

Respiraba con dificultad; estaba empapado en sudor y admirábase de esto, sin hacer el menor esfuerzo para dominar su miedo. De pronto, al ruido de unos pasos que se acercaban, incorporóse vivamente, irguió la cabeza, hizo sonar con arrogancia su sable y acortó la rapidez de su marcha. Cruzáronse entonces con él un oficial de zapadores y un marinero; aquél le gritó.—¡A tierra!—indicándole el punto luminoso de una bomba que caía con creciente velocidad y brillo.

El proyectil dió junto á la trinchera; al grito del oficial, Kalugin hizo un ligero salto involuntario; después continuó su camino sin pestañear.